

CAPÍTULO V

LA DEVOCIÓN MARIANA ARAGONESA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Fernando Mendoza Ruiz

Canónigo Penitenciario

Miembro Ordinario de la Pontificia Academia Mariana Internacional

Madre no tenemos más que una. Recuerdos de esa única madre los tenemos infinitos. Ahora nos viene a la memoria su gesto habitualmente tierno, acogedor y comprensivo; más adelante sorprende nuestra imaginación aquel rictus suyo eventualmente serio o contrariado. El archivo mental de rostros diferentes de nuestra madre irrepetible casi puede decirse inabarcable, por la abundancia y variedad de sus matices. Hay, en cambio, alguna imagen, cierta fotografía, determinada pose o circunstancia que –por expresarlo de algún modo– marcan nuestra existencia misma. De las mil instantáneas, actitudes de la madre, todos sabemos cuáles son las que –por íntimos resortes inexplorables– hieren más saludablemente el corazón.

Algo análogo acontece con la Santísima Virgen. Ella es nuestra Madre del Cielo, nuestra única Madre en el orden de la gracia. Lo afirmaba con claridad y sencillez san Josemaría en un artículo aparecido en «El Noticiero» de Zaragoza: «La Virgen es nuestra Madre... Una verdad que he tratado de hacer mía, que he predicado de continuo y que todo católico ha oído y repetido mil veces, hasta colocarla muy en lo íntimo del corazón, y asimilarla de una manera personal y vívida»¹.

Pero esa realidad indivisible de la maternidad espiritual de María ofrece para cada uno de nosotros, sus hijos, una variedad innumerable de rostros, de expresiones, según la inagotable diversidad de eventos personales. En efecto, «cada cristiano puede, echando la vista hacia atrás, reconstruir la historia de sus relaciones con la Madre del Cielo. Una historia en la que hay fechas, personas y lugares concretos, favores que reconocemos como venidos de Nuestra Señora, y encuentros cargados de un especial sabor. Nos damos cuenta de que el amor que Dios nos manifiesta a través de María, tiene toda la hondura de lo divino y, a la vez, la familiaridad y el calor propios de lo humano»².

Así lo atestigua nuestra personal experiencia. Por empezar con el ejemplo más cercano a quien esto escribe, qué difícil será encontrar a un cristiano granadino que cuando piense en la Santísima Virgen no la imagine sentada con el rostro transido de dolor ante el cadáver de su Hijo divino reposando en su regazo materno, según esa estampa se ha fijado desde niño en sus pupilas y en su corazón por tantas y tantas miradas y requiebros amorosos a la Virgen de las Angustias. Y muchísimos hijos de María, andaluces y de otras tierras y regiones, se la representan espontáneamente bajo la forma inconfundible que entraña la que es Reina y Señora de la solemne marisma onubense, la que es Blanca Paloma, la Virgen del Rocío. Y para cerrar este breve muestrario de referencias la serena y señorial Virgen Morena, coronada y sentada con su Niño en brazos, encaramada en los riscos montserratinos, representa y resume el recuerdo de los muchos cristianos catalanes que la llevan grabada en su recio y sensible corazón.

En el caso concreto de san Josemaría Escrivá la vivencia de su filiación mariana quedó impresionada con dos advocaciones que marcaron profundamente su densa vida personal y su ingente labor apostólica. Estas advocaciones fueron conocidas y vividas desde el seno de su familia y obedecen a títulos marianos de honda raigambre aragonesa y que no son otros que el Pilar y Torreciudad. Su relación con una y otra advocación presenta aspectos, variantes y matices que algo más adelante trataremos de desentrañar en la medida que nos sea permitido vislumbrar el misterio insondable de las misericordias divinas. Pero como el hecho de la maternidad espiritual de María y la filial devoción a Ella, aunque indesligable de las advocaciones concretas, son lo sustantivo, habremos de considerarlo todo presentando la realidad plena, contemplada desde tres perspectivas: la devoción de san Josemaría Escrivá de Balaguer a Santa María en sí misma, su devoción a la advocación del Pilar y su devoción a la advocación de Torreciudad.

1. La devoción de san Josemaría a la Santísima Virgen en sí misma

Hemos de empezar reconociendo que para expresar el pensamiento del fundador del Opus Dei sobre la Santísima Virgen, y sobre nuestra devoción mariana, y la suya, contamos con mucha ventaja aunque también se ofrece un serio inconveniente. Es ventaja indudable disponer de sus propias palabras, en muchos casos escritas por él mismo, en otros recogidas y transmitidas fidelísimamente, contrastadas y confirmadas por

multitud de testigos. Pero lo que es ventajoso se constituye en un pequeño obstáculo. Para un trabajo de las presentes características se impone una labor, siempre arriesgada, de selección y organización del material, sin destruir la lógica del pensamiento original, sin desvirtuar la fuerza de sus conceptos, sin menguar ni agrandar la precisa expresión de sus ideas, sin dejar desvaído el marco de su exposición. Sabedores de ello emprendemos la tarea con el propósito primario de ser estrictos en la fidelidad.

El pensamiento de san Josemaría sobre la Santísima Virgen queda resumido magistralmente –en un nivel catequético– a lo largo de un trabajo sobre Nuestra Señora y la piedad mariana, escrito el 17 de diciembre de 1973, aproximadamente año y medio antes de que el Señor llevara su alma al cielo, para una obra colectiva: *Libro de Aragón*, publicado en 1976³. San Josemaría ofrece una síntesis completa de los dogmas y privilegios de María que transcribiremos literalmente, intercalando sólo aquellas frases que puedan servir de ligadura a sus conceptos.

Para san Josemaría es claro el principio en que se fundamentan todos los privilegios de la Santísima Virgen y que no es otro sino la *divina Maternidad*. «María se llama Madre de Dios porque Ella concibió y de Ella nació el Verbo hecho carne. Este dogma de la Maternidad divina de Nuestra Señora constituye la fuente y la raíz de los privilegios con que el Señor decidió adornarla»⁴.

Si Dios proyectó a María desde la eternidad para ser la Madre del Verbo divino y decidió llevar a cabo semejante maravilla, había de volcar en el empeño toda su divinidad. María, porque iba a ser la Madre del divino Redentor y la Madre de todos los redimidos, tenía que reunir en sí todas las hermosuras de alma y cuerpo como para que pudiera decirse en verdad de Ella que es la obra perfecta y predilecta de la Santísima Trinidad, cúmulo de todas las perfecciones, suma y cumbre de toda la creación, rebasándola –sin dejar de ser pura criatura– al quedar prodigiosamente enrolada en la órbita de la misma divinidad. Esto explica los dogmas, privilegios y prerrogativas que se acumulan en Nuestra Señora.

Esta Maternidad, excepcional por ser divina, implica ante todo la misteriosa simultaneidad de su *perpetua Virginidad*. San Josemaría, que escribe cuando se repiten y propalan viejísimas herejías sobre el tema, insiste en la plenitud de ese privilegio que afecta al ser entero de María y tiene sus momentos prodigiosos, como son la concepción sin obra de varón, el parto sin lesión corporal y la ausencia de todo trato íntimo matrimonial. «María es la Santa Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto,

como enseña el viejo y amadísimo catecismo de la doctrina cristiana. En Ella se cumplieron las proféticas palabras que el Espíritu Santo puso en boca de Isaías: “una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será su nombre Enmanuel” (Is VII,14)»⁵.

Tras la Maternidad Virginal considera el privilegio de la *Inmaculada Concepción*. «Como preparación a ese portento, Nuestra Madre había sido preservada del pecado original y concebida Inmaculada. Es la “llena de gracia” (Lc 1,28), como la saludó San Gabriel. No sólo con muchas gracias, sino llena, con toda la gracia; por eso el Arcángel añade: “Dominus tecum” (*ibíd.*), el Señor está en ti, en ti todo el amor de Dios Padre, todo el fuego del Espíritu Santo; en ti toma carne el Verbo. En los misterios centrales de nuestra fe cristiana –la Santísima Trinidad, la Encarnación del Verbo y la Redención del género humano– participa María, criatura como nosotros, pero ensalzada por encima de los hombres y de los ángeles: más que Ella, sólo Dios»⁶.

Igualmente y como una exigencia de esa misma Divina Maternidad, menciona el dogma de la *gloriosa Asunción* de la Santísima Virgen en cuerpo y alma a los cielos. «El cuerpo purísimo de la Madre de Dios no quedó sujeto a la corrupción del sepulcro, ni hubo de esperar su glorificación hasta el fin del mundo. La Inmaculada Virgen, “terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial” (Const. apost. *Munificentissimus Deus*, 1-XII-1950). Y resume subrayando el carácter dogmático de estas verdades: «La Iglesia define como dogmas de fe estas verdades fundamentales de la existencia de María: su Maternidad divina, su perpetua Virginidad, su Inmaculada Concepción, su Asunción a los cielos»⁷.

Seguidamente pasa a considerar las otras verdades marianas no dogmáticas enseñadas por la Iglesia. «Y el Magisterio ordinario y universal de la Iglesia propone también, a la fe de los cristianos, la doctrina sobre privilegios y prerrogativas de Nuestra Señora»⁸.

Enumera y explica en primer término la *Corredención* y la *Mediación* de María «ante el Señor, indisolublemente unida a su Hijo, único Mediador entre Dios y la humanidad. La intervención de María, su corredención real no puede separarse de la Redención de Cristo». Expone también con bellas referencias bíblicas la *Maternidad espiritual* de Nuestra Señora apoyándose en los textos clásicos de Caná (Jn 2) y del Calvario (Jn 19,26-27). Señala adecuadamente que la maternidad espiritual de María es en el orden de la gracia. Ella es Madre de la divina gracia. «Dios quiere conceder a los hombres su gracia, y quiere darla a través de María»⁹.

Asimismo se refiere a la *Realeza* de María, que por ser «la Madre de Cristo, Rey y Señor de todo lo creado..., es Reina también del mundo, de los hombres y de los ángeles». Aunque enseguida aclara que esta realeza es «maternal», pues María es «Reina que ansía reinar, antes que nada, en los corazones de sus hijos. Así son las madres: no buscan el clamor aparatoso, esperan esas pequeñas manifestaciones de que los hijos no las olvidan, de que el pensamiento y el corazón saltan de gozo –una alegría tranquila, serena, profunda– cuando se piensa en la madre»¹⁰.

Por todo ello, en su condición de Madre, María es «*digna de veneración*». San Josemaría entiende y explica la devoción a la Santísima Virgen en el contexto amoroso de la relación estrecha materno-filial. El culto a María es el amor de los hijos a la Madre. Y por eso «los buenos hijos saben entregar a su madre más de lo que pide...».

La devoción mariana «es cuestión de amor, no de un sentimiento superficial que necesite el apoyo de la emoción, aunque no rechazemos el fervor sensible, si Dios quiere dárnoslo. Amar a María significa conocerla, tratarla; tratar a María... es también conocer y tratar a su Hijo, penetrarse de su palabra, cuidar, hasta la fidelidad en los detalles, su enseñanza: la fe de nuestra Santa Iglesia católica»¹¹.

Lo mejor es enemigo de lo bueno. La experiencia pastoral aconseja que no se desprecien los intentos balbucientes de ese amor a María. «No debemos preocuparnos si, al principio, existe sólo el buen empeño de rezar, casi maquinalmente, una pequeña plegaria a Nuestra Señora. Cuando esa oración sincera brota de un corazón que, a pesar de los pesares, no ha olvidado los desvelos maternos, Santa María alienta esa frágil brasa y lleva el alma al deseo de formarse en la doctrina de su Hijo. Aquella corta plegaria –el tenue rescoldo cubierto entre las cenizas– se transforma en fuego que quema las miserias personales, capaz de atraer a otros a la luz de Cristo»¹².

Pero hay que distinguir entre el amor y sus muestras, entre la devoción y las devociones, que son la expresión y alimento de aquélla. Esas expresiones de amor a María «se han plasmado en devociones, aprobadas y recomendadas por la Iglesia, unidas a ese tesoro de fe que forman los dogmas y extraordinarios atributos que acabo brevemente de mencionar». Así entendido «el culto a Santa María, las muestras de amor a la Santísima Virgen pertenecen al patrimonio de la Iglesia universal. No puede decirse que sean propias o exclusivas de un determinado país o de una institución religiosa»¹³.

«Hay muchas devociones marianas..., como son muchos los modos de expresar el cariño a nuestra madre de la tierra: unos hijos lo demuestran con un beso; otros, con el regalo de unas flores; otros, con silencios que confían a los ojos la intensidad del afecto. Cosa análoga ocurre con el amor a nuestra Madre del Cielo: abundan las devociones, y no han de estar todas incorporadas en la piedad de cada cristiano». Y concluye su reflexión con estas certeras palabras: «Pero he de asegurar, al mismo tiempo, que no posee la plenitud de la fe el que no revela de alguna manera su amor a María»¹⁴.

Deja claro, pues, que la devoción mariana –y algún modo de expresión de ella– no es algo opcional para el cristiano. Existe una diferencia esencial entre la devoción a María y la devoción a otros santos y esto en virtud del papel y función esencial que Ella, por voluntad de Dios, ejerce en la obra de la Redención, unida indisolublemente a la Persona y a la obra de su Hijo.

E insiste en la necesidad de la devoción y de las devociones marianas ofreciendo seguridad en este punto frente a opiniones erróneamente difundidas. «Escribí cuando era joven... que a Jesús se va y se vuelve por María. Con esa misma convicción afirmo que no nos ha de extrañar que, los que no desean que los cristianos vayan a Jesús –o vuelvan a Él, si por desgracia lo han perdido–, empiecen silenciando la unión a Nuestra Señora o sosteniendo, como hijos ingratos, que las tradicionales prácticas de piedad están superadas, que pertenecen a una época que se pierde en la historia. Las almas desgraciadas, que alimentan esa confusión, no perciben que quizá involuntariamente cooperan con el enemigo de nuestra salvación, al no recordar aquella sentencia divina: «Pondré perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo» (Gn III,15)»¹⁵.

Una devoción a María sin devociones concretas –las que sean, las que a cada cual más le encajen– es una utopía espiritualista y desencarnada que terminará por esfumarse, si es que alguna vez ha existido realmente. En efecto, «si se abandonan las numerosas devociones marianas, muestras del amor a Nuestra Señora, ¿cómo lograremos los hombres, necesitados siempre de concretar nuestro amor con frases y con gestos, expresar el cariño, la gratitud, la veneración a la que con su fiat –hágase en mí según tu palabra– nos ha convertido en hermanos de Dios y herederos de su gloria?»¹⁶.

En virtud de la íntima vinculación de María con la Persona y con la obra redentora de su Hijo, la devoción del cristiano a la Santísima Virgen

–lo hemos recordado hace poco– no es algo opcional ni accidental, como puede serlo, y lo es, la devoción a otros santos. La vida de la gracia, que nos hace hijos de Dios y nos diviniza, ha querido la Trinidad Beatísima que se nos proporcione por la acción del Verbo Encarnado y por la cooperación de la Madre de ese Verbo.

La función de María en nuestra divinización es esencial aunque subordinada a la de su Hijo. Y por ello nuestra relación con Ella es «necesaria y esencial. Si se debilita en el alma del cristiano el trato con María, se inicia un descamino que fácilmente conduce a la pérdida del amor de Dios. La Trinidad Santísima dispuso que el Verbo bajara a la tierra, para redimirnos del pecado y restituírnos la condición sobrenatural de los hijos de Dios, y para que viéramos a Dios en carne como la nuestra, para que admirásemos la demostración palpable, tangible, de que todos hemos sido llamados a ser “partícipes de la naturaleza divina” (2 Pe 1,4). Y este “endiosamiento”, que la gracia nos confiere, es ahora consecuencia de que el Verbo ha asumido naturaleza humana en las purísimas entrañas de Santa María»¹⁷.

La conclusión práctica, cercana, entrañable, se deduce inexorable. «Nuestra Señora, por tanto, no puede desaparecer nunca del horizonte concreto, diario, del cristiano». Y enseguida la referencia a lo específico, a lo determinado, sin efímeras divagaciones. «No es indiferente dejar de acudir a los santuarios que el amor de sus hijos le ha levantado; no es indiferente pasar por delante de una imagen suya, sin dirigirle un saludo cariñoso...»¹⁸.

De entre las variadas devociones marianas san Josemaría se fija particularmente en dos. Y, no sin originalidad, enumera en primer lugar, como devoción a Nuestra Madre, la «Santa Misa». «Para mí, la primera devoción mariana –me gusta verlo así– es la Santa Misa». La razón es porque «quien encuentra a Jesús, encuentra también a María»¹⁹.

Merece la pena conocer los pasos de su razonamiento. «Cada día, al bajar Cristo a las manos del sacerdote, renueva su presencia real entre nosotros con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad: el mismo Cuerpo y la misma Sangre que tomó de las entrañas de María. En el Sacrificio del Altar, la participación de Nuestra Señora nos evoca el silencioso recato con que acompañó la vida de su Hijo, cuando andaba por la tierra de Palestina. La Santa Misa es una acción de la Trinidad: por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora. En ese insondable misterio, se advierte, como entre velos, el rostro purísimo de María; Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo»²⁰.

Y la coda final: «el trato con Jesús, en el Sacrificio del Altar, trae consigo necesariamente el trato con María, su Madre. Quien encuentra a Jesús, encuentra también a la Virgen sin mancha, como sucedió a aquellos santos personajes –los Reyes Magos– que fueron a adorar a Cristo: “entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su Madre”» (Mt II,11)²¹.

El principio de la íntima unión de Jesús con María explica esa convertibilidad: las devociones cristológicas son necesariamente marianas y a su vez las devociones marianas son obligadamente cristológicas. Si con Jesús encontramos siempre a María, igualmente con María siempre hallaremos a Jesús. Así lo declara el santo barbastrense: «La vida sobrenatural es rica, variada: en otros instantes, llegaremos a Jesús si pasamos antes por María. Nuestra oración a la Santísima Virgen se convierte así en un itinerario que, poco a poco, nos va acercando al Corazón amabilísimo de Jesucristo»²².

Entre esos «instantes» en los que vamos por María hacia Jesús destaca el fundador del Opus Dei el «Santo Rosario», que «constituye una oración, una plegaria cuajada de actos de esperanza, de amor, de adoración y de reparación. No me canso nunca de recomendarlo a todos, para que lo recen en sus hogares, que han de ser –como el de Nazaret– focos de noble cariño humano y de amor divino»²³.

Quien escribiera un libro, ya clásico, titulado *Santo Rosario*, se detiene en breves y jugosos comentarios sobre los misterios gozosos. «Los misterios de gozo recogen cinco escenas entrañables –hablo con terminología ascética clásica– de la Trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Allí se aprende a venerar al Santo Patriarca, Nuestro Padre y Señor, varón recto, justo, delicado. Allí Santa María encarna para nosotros todas las virtudes cristianas: la fe, el amor, la santa esperanza, la humildad, el espíritu de servicio, la obediencia rendida a Dios. Allí nace Dios, de nuevo, pidiendo otra vez posada en el corazón de cada uno»²⁴.

Tras una aplicación genérica de estas consideraciones a los restantes misterios hace unas aseveraciones sobre las riquezas sobrenaturales que entraña el santo rosario. «Así cabría discurrir por los misterios dolorosos, gloriosos, y lo mismo por la explosión de júbilo y de amor que son las letanías. El que recite el Rosario con perseverancia, con sencillez, desde lo hondo de su alma, saboreará cada día esos distintos y maravillosos descubrimientos de los tesoros de la gracia que Nuestro Padre tiene preparados a sus hijos»²⁵. Así concluye su breve apunte sobre esta «maravillosa y universal devoción mariana» que es el rosario.

2. La devoción a Nuestra Señora del Pilar

Pasemos ahora del concepto a la realización, o mejor, de la devoción en abstracto a la devoción en concreto. Ya dijimos que la devoción mariana de san Josemaría tuvo dos expresiones de marcado carácter aragonés: el Pilar y Torreciudad. Empecemos por la primera. Nos la refiere él mismo, en líneas esenciales, a lo largo del citado artículo de «El Noticiero».

«Mi devoción a la Virgen del Pilar me ha acompañado siempre: mis padres, con su piedad de aragoneses, la inculcaron en mi alma desde niño. Ahora, al pensar en Santa María, vuelven a mi cabeza tantos ratos de oración y tantos sucesos, pequeños en apariencia; grandes, si se ven con ojos de amor»²⁶. Se afirma el origen familiar de esta devoción pilarista con dos pinceladas de relieve: el color netamente aragonés de esta advocación y la prontitud con que le fue transmitida. Otro dato interesante es la pervivencia de esta devoción a lo largo de toda su vida. Aunque enseguida se detendrá en algunas circunstancias más concretas, hace en principio una referencia a su frecuente trato con Nuestra Señora bajo esta advocación. Señala luego algunos momentos de mayor intensidad en la vivencia de esta devoción.

«Durante el tiempo que pasé en Zaragoza haciendo mis estudios sacerdotales, mientras frecuentaba las aulas de la Facultad de Derecho civil, mis visitas al Pilar eran por lo menos diarias». Ya tendremos ocasión de conocer algunas de las peticiones que por entonces dirigía a Nuestra Señora. Monseñor Álvaro del Portillo comentaba al respecto en el año 1980: «No sé lo que pediría a la Virgen en aquellas visitas, pero la advocación del Pilar –columna– invita a pedir ayuda y fortaleza; y él la necesitaba especialmente en aquellos momentos en que sabía que el Señor quería algo, y no conocía qué era... El Señor le pedía algo en aquellos años, y él tenía cerrados todos los panoramas humanos; estaba en la oscuridad más plena... Únicamente podía contar con Dios, y acudir a la Virgen». Y añade un detalle sorprendente: «En alguna ocasión se escondió para pasar allí la noche junto a Ella»²⁷.

Prosigue su relato san Josemaría. «Como tenía buena amistad con varios de los clérigos que cuidaban la Basílica, pude un día quedarme en la iglesia después de cerradas las puertas. Me dirigí hacia la Virgen, con la complicidad de uno de aquellos buenos sacerdotes ya difunto, subí las pocas escaleras que tan bien conocen los infanticos y, acercándome, besé la imagen de Nuestra Señora. Sabía que no era esa la costumbre, que besar el manto se permitía exclusivamente a los niños y a las autoridades:

entonces, aunque el Cardenal Soldevila ya me había nombrado Director del viejo y queridísimo seminario de San Francisco, no había recibido ni las órdenes menores, sólo la tonsura. Sin embargo, estaba y estoy seguro de que, a mi Madre del Pilar, le dio alegría que me saltara por una vez los usos establecidos en su catedral. Más tarde, corría el mes de marzo de 1925, en la Santa Capilla ante un puñado de personas, celebré sin ruido mi Primera Misa»²⁸.

De entre las muchas visitas a Nuestra Señora del Pilar durante su etapa de formación sacerdotal san Josemaría Escrivá de Balaguer recuerda particularmente esas dos, que revistieron una cierta excepcionalidad. Sin duda, como él mismo advierte, era y es una excepción el beso «furtivo» al manto y a la imagen de la Santísima Virgen. ¿Qué sería de esta lindísima talla si sobre ella se hubieran estampado los innumerables besos que en la columna, en que se apoya, han producido un desgaste que sirve de elocuente testimonio de amor de tantísimos hijos a su Madre? Pero hubo también algo de particular en el segundo recuerdo evocado, en la celebración de la primera misa en la Santa y Angélica Capilla dentro de la cual se alberga esa bendita imagen.

Un año después de la muerte de san Josemaría Escrivá, monseñor Álvaro del Portillo ampliaba esta información a un grupo de fieles. Como su padre había fallecido el nuevo sacerdote «celebró Misa de difuntos: era un deber de piedad filial. Como tenía mucha devoción a la Virgen, quiso decirla en el Santuario mariano más importante de Zaragoza, el de Nuestra Señora del Pilar... No quiso avisar a casi nadie, precisamente porque se hallaba en esas circunstancias familiares tan dolorosas. En las Primeras Misas es costumbre invitar a mucha gente, imprimir recordatorios, y suele haber un besamanos que a veces dura horas... Para él no hubo nada de eso»²⁹.

En efecto, según esa misma fuente, tan autorizada, sólo asistieron su madre, su hermana Carmen, su hermano Santiago, que era muy pequeño, un primo suyo, don Juan Moneva, su mujer y su hija Pilar, el rector del seminario y dos amigas de su hermana Carmen. Y monseñor Del Portillo añade una nota que, aunque casi inadvertida, debió ser muy significativa para el neopresbítero por entrañar un sacrificio personal dentro de la misa. «Como es normal en estos casos, él tenía la ilusión de que su madre fuese la primera persona que recibiese la Comunión de sus manos después de su ordenación sacerdotal, porque ya se la había administrado siendo diácono. Parecía fácil lograrlo: había sólo once o doce personas...;

sin embargo, cuando su madre ya estaba preparada en el comulgatorio, otra señora se puso a su lado, y el joven sacerdote, para no hacer un desaire, saltándose el orden acostumbrado en la distribución de la Comunión, tuvo que dársela primero a esa mujer»³⁰.

La experiencia del beso pudo saborearla en otra ocasión, esta vez muchos años después. Lo recuerda san Josemaría con detalle. «Después, en 1966, tuve ocasión de repetir aquel gesto de amor a María. El señor arzobispo de Zaragoza –al que me une un cariño fraterno– me invitó a celebrar la Misa en un pequeño oratorio del palacio arzobispal, donde hace tantos años recibí la tonsura. Concluida la acción de gracias, desayunamos juntos y me preguntó si me gustaría visitar con él el Pilar. Fuimos, y pude así besar de nuevo el manto y la Imagen de mi Madre Santísima. Cuando me aproximaba, uno de los infanticos intentó detenerme, diciendo: “no se puede”. Sonreí y repliqué: “el señor arzobispo dice que puedo”. Y señalé al prelado, que tranquilizó al niño con un gesto afirmativo. Entonces el chico me dejó paso, y se apresuró a colocar un cojín para que pudiera arrodillarse con comodidad el arzobispo»³¹.

Si la devoción a María no se da sin devociones marianas concretas tampoco la devoción a advocaciones concretas de Nuestra Madre parece que puede sostenerse sin el apoyo de referencias y recuerdos concretos. Por eso y glosando esos gestos excepcionales, san Josemaría comenta: «Son sólo pequeñas pinceladas marianas, que me gusta revivir con cariño de hijo. Porque, aunque materialmente me encuentre lejos de allí, no se irá nunca de mi memoria ni el Pilar ni la Madre de Dios del Pilar. La sigo tratando con amor filial. Con la misma fe con que la invocaba por aquellos tiempos, en torno a los años veinte, cuando el Señor me hacía barruntar lo que esperaba de mí: con esa misma fe la invoco ahora. Si en ocasiones se presentan sucesos desabridos, duros, injustos o de cualquier otra manera desagradables –salpicaduras de cieno, que un cristiano no remueve–, se me convierten en flores hermosas, que con el corazón pongo ante ese “Pilar Sagrado”, como cantamos los aragoneses y digo: “Señora, te ofrezco también esto”. Bajo su protección continúo siempre contento y seguro»³².

Da la sensación de que el recuerdo de san Josemaría en relación con el Pilar va asociado a aquella solidez y firmeza que evoca la Columna y a la que se ha referido monseñor Del Portillo. Como acudió antaño para pedir protección y fortaleza ante la oscura encrucijada de su futuro, acude siempre que los peligros o contrariedades de diverso género muestran la

radical incapacidad humana y la imperiosa y agradable necesidad de recurrir al amparo de la Madre, que –causa de nuestra alegría y refugio nuestro– devuelve siempre a sus hijos el gozo y la seguridad, eso sí, reavivando en ellos la visión y la actitud sobrenatural. «Para eso quiere Dios que nos acerquemos al Pilar: para que, al sentirnos reconfortados con la comprensión, el cariño y el poder de Nuestra Madre, aumente nuestra fe, se asegure nuestra esperanza, sea más viva nuestra preocupación por servir con amor a todas las almas, y podamos, con alegría y con fuerzas nuevas, entregarnos al servicio de los demás, santificar nuestro trabajo y nuestra vida: en una palabra, hacer divinos todos los caminos de la tierra»³³.

Estas últimas palabras se nos antojan de suma importancia. Resulta que el fruto de aquellas peticiones juveniles y el efecto que se espera del recurso continuo a la Santísima Virgen, concretamente bajo la advocación del Pilar, son esencialmente coincidentes. Entonces pedía a la Señora que le mostrara el camino, que le hiciera ver la voluntad de Dios sobre él. Luego se concluye que lo que se busca en la intercesión de Nuestra Señora del Pilar no es otra cosa que la santificación en medio del mundo y a este fin usa una expresión que compendia esa tarea: «hacer divinos todos los caminos de la tierra». Y para esto justamente lo había querido el Señor: para promover la santidad en medio del mundo. Y para eso, tanto en el arranque del carisma de proponer esa hermosa posibilidad –más aún, exigencia divina–, como en la realización y puesta a punto de esta misión en el propio promotor como en todos los que responden a esa llamada imperativa de Cristo, la Santísima Virgen –y concretamente bajo la secular advocación del Pilar– desempeña un papel maternal imprescindible.

En el capítulo del libro ya citado y editado en el año 1976 se refiere también el fundador del Opus Dei al origen familiar de su devoción pilarista y a sus visitas diarias a la basílica durante su época de estudiante. Pero añade un dato de interés que transcribimos a continuación. «A una sencilla imagen de la Virgen del Pilar confiaba yo por aquellos años mi oración, para que el Señor me concediera entender lo que ya barruntaba mi alma. “*Domina*” –le decía con términos latinos, no precisamente clásicos, pero sí embellecidos por el cariño– “*ut sit!*”, que sea de mí lo que Dios quiera que sea»³⁴. Hay una anécdota muy curiosa que se relaciona con este último dato. Nos cuenta monseñor Del Portillo que en cierta ocasión, hallándose san Josemaría Escrivá ya en Roma habitualmente, la secretaria central del Opus Dei se acercó acompañada de otra persona y le presentó un bulto muy bien empaquetado.

«¿Qué es eso?», le preguntó. –Ya verá, Padre, respondió mientras lo desempaquetaba. Y apareció una imagen de la Virgen del Pilar de yeso. Le comentaron: –Padre, esto es de usted. El fundador del Opus Dei replicó: «No puede ser mío; yo no he comprado nunca una imagen así». Entonces la secretaria central tomó la estatuilla y la puso boca abajo de manera que se viera la cara inferior de la peana. Allí, escrito con un clavo, y con letra de san Josemaría, se leía «*Domina, ut sit!*» y la fecha, que era anterior a su ordenación: 24 de mayo de 1924.

El fundador del Opus Dei se quedó muy contento. Comentaba que había sido un mimo de Dios. «Ahora que yo estaba con la duda de si había rezado ya en esos años “*Domine, ut sit!; Domine, ut videam!*”; y a la Virgen: “*Domina, ut sit!; Domina, ut videam!*”: me manda esta prueba que me lo confirma, porque esa es letra mía»³⁵.

Era consciente de que la devoción al Pilar anida en el alma de todo aragonés. Por eso, en el capítulo del mencionado libro, confiesa: «Al escribirles sobre esta práctica de piedad a la Santísima Virgen (del Pilar), me invade la impresión de vender miel al colmenero. No me atrevo a dar lecciones, cuando me refiero a un lugar donde tanto he aprendido. No busco prosélitos, sino cómplices: compañeros en la bendita tarea de cantar a la Madre de Dios»³⁶.

Podemos afirmar, por lo que venimos diciendo en este apartado, que la devoción de san Josemaría a la Santísima Virgen tuvo una expresión muy concreta en la advocación secular y entrañable de Nuestra Señora del Pilar. Aprendida vitalmente en el seno de su cristiana familia y dentro del marco regional aragonés tan señaladamente pilarista, esta advocación jamás se borrará de su alma. Puede decirse que a María, bajo este título, encomendó nada menos que el alumbramiento de su misión y carisma fundacional cuando él no sabía –tan sólo barruntaba– lo que Dios al respecto le pedía.

Más adelante, en el desarrollo de su labor apostólica, siempre recurrió a la ayuda de Nuestra Madre del Cielo y especialmente en los momentos más trascendentales. Uno de éstos fue, sin duda, el de la aprobación del Opus Dei por la Santa Sede. A mediados de junio de 1946 san Josemaría, que se encontraba a la sazón habitualmente en Madrid, por una carta de don Álvaro del Portillo fechada en Roma supo que definitivamente el camino jurídico para la aprobación no ofrecía vías de solución. En la carta pedía don Álvaro a san Josemaría que viajara a Roma para intentar abrir

paso, con su intervención personal, en algo que, en términos humanos, resultaba imposible ya que en el Derecho Canónico vigente en la Iglesia no había marco en que encuadrar al Opus Dei.

Un testigo excepcional de este primer viaje a Roma de san Josemaría es el catedrático de Historia del Derecho don José Orlandis, que fue único y privilegiado acompañante. Entre otros muchísimos detalles sobre la práctica de las virtudes cristianas el profesor Orlandis atestigua la confianza del fundador del Opus Dei en la Santísima Virgen y cómo encomendó especialmente a Ella el trascendental asunto que lo llevaba a Roma. Desde Madrid a la Ciudad Eterna hizo el camino primero por carretera hasta Barcelona para de aquí embarcar hacia Italia.

En el trayecto aprovechó para visitar los lugares marianos más conocidos, desviándose de la carretera directa a Barcelona para subir a Montserrat y saludar allí a la Virgen Morena, patrona de Cataluña, y ya en la Ciudad Condal acudió a la basílica de la Merced para rezar por la misma intención.

Pero previamente, al pasar por Zaragoza el jueves día 20 de junio, visitó la basílica de Nuestra Señora del Pilar y siguiendo su costumbre se acercó a besar el Pilar de la Virgen, mezclado con el pueblo y sin que nadie lo reconociera. Es decir, que puso siempre en manos de la Santísima Virgen y especialmente bajo la advocación del Pilar, el nacimiento y el desarrollo –no sólo ascético sino también jurídico– de la misión apostólica –el Opus Dei– que el Señor le había confiado.

3. La devoción de san Josemaría a Nuestra Señora de Torreciudad

El cariño de san Josemaría a esta advocación mariana se debió también inicialmente a sus padres, que por ser de Fonz y de Barbastro conocían bien esta imagen y su ermita, situada –como muchas otras– en la demarcación de la diócesis. Cuando el niño tenía sólo dos años contrajo una enfermedad que resultó ser gravísima. Los médicos agotaron todos sus recursos humanos de auxilio. La madre, en tan grave situación, lo encomendó a la Santísima Virgen bajo el particular título de Torreciudad, prometiendo –si el niño se curaba– llevarlo en peregrinación a la ermita y ofrecérselo a Nuestra Señora. Como el prodigio se realizó, al igual que en otros casos sus padres cumplieron la promesa y lo llevaron a Torreciudad en acción de gracias y en actitud de ofrenda. «Me trajeron mis padres» –comentaría en la primera visita que hizo mucho más tarde a la ermita y

de la que hablaremos enseguida—. «Mi madre me llevó en sus brazos a la Virgen. Iba sentada en la caballería, no a la inglesa, sino en silla, como entonces se hacía, y pasó miedo porque era un camino muy malo»³⁷.

Don Josemaría comentó con frecuencia ese incidente providencial de su vida y siempre tuvo un recuerdo emocionado hacia esa advocación mariana. Le daba mucha alegría pensar en los miles de almas que la habían venerado y habían venido a decirle que la querían. Confesó que su imagen le fue pareciendo gradualmente más preciosa, «¡guapísima!», y que sentía la necesidad de decirle que la quería. En algún momento de intimidad se le oyó dirigirse a Ella en estos términos: «Perdóname, pero eres tan Madre que al verte, en vez de agradecer tu cariño y tu protección, he comenzado por pedir: ya me entiendes. Y ahora te digo otra vez que te quiero con toda mi alma»³⁸.

Las circunstancias de su vida lo alejaron del lugar donde se sitúa la ermita de Nuestra Señora de Torreciudad pero su corazón estuvo siempre cercano a Ella, como dejó entender al entonar un día de abril de 1970, cuando viajaba hacia ese lugar de peregrinación: «El amor de los baturreos es difícil de lograr; pero, aunque pasen los años, es un amor de verdad». Y explicó a los circundantes: «es un requiebro de mi corazón»³⁹.

Sobre la historia de este lugar de romerías marianas, tanto en su fase originaria de ermita como en su etapa de santuario y centro de formación humana, social y religiosa, promovido precisamente por san Josemaría, existen publicaciones específicas cuya lectura resulta siempre instructiva y aleccionadora. En este momento nos interesa señalar lo que esa advocación mariana significó en la vida y en la obra de monseñor Escrivá. Ya hemos indicado que representó un momento decisivo en la vida del niño Josemaría. Pero a esa vida, en los planes divinos, iba vinculada una misión de singular transcendencia. Si por la intercesión de María, bajo el título de Torreciudad, el niño salió adelante, salió adelante también todo el proyecto divino sobre ese niño gracias a la intercesión maternal de Santa María. Esto explica que el recuerdo de esta advocación vaya en san Josemaría unido siempre a la actitud de agradecimiento y que, al pasar a una lógica actitud de petición —como en la anécdota que hemos recordado—, se sintiera especialmente movido a «disculparse» por ello ante la Señora.

En virtud de este agradecimiento y como deseo de promover la devoción a la Madre de Dios, fue tomando cuerpo en él la idea de consolidar y hermosear la ermita primitiva y edificar junto a ella un moderno santuario en honor de la Santísima Virgen que fuera la expresión de ese agra-

decimiento a la Señora. Ya hemos advertido que no es ésta la ocasión de referir el laborioso e ilusionado proceso de la construcción del santuario y sus entornos. Tampoco es posible traer aquí una relación completa de los mil detalles de cariño a la Santísima Virgen que manifestó san Josemaría a lo largo de todo el proceso. Sólo recogemos algunas pinceladas por las que, de algún modo, pueda percibirse que efectivamente se trataba de que esos edificios fueran muestra del amor mariano agradecido de quien los promovió e impulsó.

Sin embargo es preciso dejar constancia de una de las finalidades más importantes del santuario: acercar a las almas a Dios gracias al Sacramento de la Penitencia. Así lo indicaba en una carta: «Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y –renovadas las almas– confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo»⁴⁰.

3.1. *La visita a Torreciudad de abril de 1970*

Nos referiremos a su primera visita a Torreciudad, realizada después de sesenta y seis años, el mes de abril de 1970, cuando las obras del nuevo santuario comenzaban, porque con tal motivo surgieron espontáneas y a borbotones mil expresiones de su devoción mariana, de su vinculación afectiva a Torreciudad.

Quiso efectivamente hacer una peregrinación a Torreciudad, sin ruido ni manifestación externa. La noche del día 6 de abril la pasó en Zaragoza y, celebrada la santa misa muy de mañana, hacia las 9.15 salió en dirección de la plaza del Pilar, rezando en voz alta –¡una vez más su devoción pilarista!– ante el relieve de la Virgen que hay en la fachada de la basílica. Se detuvo un momento para hacer una visita a la Virgen del Pilar en su basílica y rezó allí durante varios minutos. A continuación besó el Pilar, sacó su rosario y su crucifijo y los pasó por la columna, indicando a quienes lo acompañaban que podían hacer lo mismo y que tuvieran a bien unirse a sus intenciones.

Prosiguió el viaje pasando por Huesca y Barbastro y llegando a El Grado a las once menos cuarto de la mañana. Al divisar a lo lejos la silueta de Torreciudad san Josemaría rezó una jaculatoria a la Santísima Virgen.

Un kilómetro antes de llegar a la ermita inició el camino a pie, desde un punto de la carretera donde se había colocado un mojón. Con celeridad se desprendió de sus zapatos y calcetines para hacer el recorrido descalzo sobre la carretera, que aún no estaba asfaltada sino sembrada de gravilla. Entonces inició el rezo de los misterios dolorosos del rosario con pausa y recogimiento. Terminada la letanía después de la primera parte del rosario, rezó el salmo de penitencia *Miserere* y el cántico mariano del *Magnificat*.

A continuación y ante el grupo reducido de personas que lo acompañaban, hizo una proclamación de su fe, amor y confianza en la Santísima Trinidad, en cada una de las divinas personas y la Santísima Virgen. Es maravilloso comprobar que al ponerse en acción su mecanismo de afecto y devoción a Nuestra Señora de Torreciudad, en una actitud que se intuye de profundo agradecimiento hacia su maternal Bienhechora, lo primero que salga de su alma sea el acto de amor y esperanza para cada una de las Personas de la Santísima Trinidad y para el misterio mismo de los misterios.

Queda claro así que para don Josemaría el origen de todos los dones, gracias y carismas que sobre él se dieran cita, y de todos los favores recibidos, naturales y sobrenaturales, no es otro que el corazón insondable de Dios Uno y Trino. Pero asimismo el hecho implica su inequívoco reconocimiento de que por la voluntad inexcusable de ese mismo Dios Trinitario María se halla excepcionalmente vinculada a esa misma Divina Trinidad, origen de todo bien.

Seguidamente rezó la conocida y entrañable plegaria que muchos aprendimos de labios de nuestras madres, «Bendita sea tu pureza», reiterando por dos veces los versos finales: «míranos con compasión; no nos dejes, Madre mía». Después recitó la oración de san Bernardo «Acordaos»⁴¹. Es evidente que con la recitación de tales oraciones marianas, tan universales y queridas, estaba manifestando su profundo aprecio a estas preces vocales y que no se recataba de echar mano de ellas incluso en momentos tan solemnes o tan emotivos y propicios para la expansión más personal y espontánea.

Las otras dos partes del rosario, dirigidas por otros acompañantes, las recorrió también descalzo. Ante la insistencia de que se calzara san Josemaría se negó diciendo: «Después de sesenta y seis años, es bien poca cosa lo que estoy haciendo por la Virgen. Hay muchos pastores que van descalzos, todos los días, por estos riscos. No hago nada extraordinario»⁴². Evidentemente lo hacía aunque para su corazón filial agradecido todo eso

pareciera la cosa más lógica. En todo caso bien deja entender con su conducta que el agradecimiento a los muchísimos favores de Nuestra Madre, todos ellos orientados al orden de la gracia y a nuestra mayor vinculación a la Divinidad, debe implicar una profunda actitud de desagravio y reparación –afectiva y efectiva– de nuestras obras y actitudes no conformes con la divina voluntad.

Después de aproximadamente una hora de peregrinaje o romería, aún descalzo, don Josemaría entró en la ermita acercándose hasta el altar donde se venera una imagen de la Virgen que los santeros de Torreciudad solían llevar por las distintas poblaciones de los alrededores a fin de recabar fondos para sostener su culto. Allí y en esos momentos entonó el canto de «la Salve», otra oración secular y universal mariana a la que el pequeño grupo de acompañantes se unió de buen grado, añadiendo al canto la recitación en latín de la plegaria conclusiva del *Angelus*: «Infunde, Señor, tu gracia en nuestras almas, para los que, por el anuncio del ángel, hemos conocido la Encarnación de tu Hijo, por su Pasión y Muerte lleguemos a la gloria de la Resurrección». Se hincó de rodillas y recitó una vez más el «Bendita sea tu pureza», sin duda por una íntima asociación de ideas que le evocaría su lejana infancia, cuando se produjo el extraordinario favor de su curación prodigiosa, y también aprendió de labios de sus padres tan tierna y sentida plegaria versificada.

Vinieron después las expresiones espontáneas y los comentarios sencillos, trasladado ya a las habitaciones sencillas de la hospedería de la misma ermita, lavándose después los pies. Lleno de gozo y contemplando sin cesar ese lugar de seculares romerías marianas, iba exteriorizando sus más íntimos sentimientos. Le movía, ante todo, un deber de gratitud. «Después de sesenta y seis años –dijo– vengo a cumplir con la Virgen». Y explicó de inmediato: «No a cumplir, sino a demostrar mi gran amor a la Santísima Virgen, aunque sea un pobre hombre»⁴³.

Insistió de nuevo en el carácter de «cumplimiento» que entrañaba aquella romería al expresar que pedía perdón a la Virgen por no haber acudido antes a verla a ese lugar. Y volvió a subrayar la relación materno-filial que es el fundamento de la devoción mariana. «¡Eres mi Madre! La imagen es muy bonita... Es guapísima». En esos momentos se estaba ya refiriendo a la imagen originaria –no la que acababan de venerar– que se hallaba en restauración. De ella dijo: «Realmente es una escultura preciosa; y no es –como se pensaba– del siglo XII; me han asegurado que es de finales del siglo XI. La madera de la talla es encantadora...». Y concluyó la referencia a la escultura con una observación que nos evoca el carácter de

recordatorio entrañable que encierran las imágenes marianas, esos distintos rostros e instantáneas de Nuestra Madre. «Tendréis que cuidar mucho la imagen, no sea que alguno, por llevarse cuatro cuartos, nos robe la mitad de nuestro corazón. A mí me robaría el corazón entero»⁴⁴.

Después de esto desveló sus deseos y esperanzas sobre el futuro del santuario, entonces en construcción, de la Virgen de Torreciudad. Confía en que allí la Santísima Virgen obraría muchos milagros, pero principalmente de orden sobrenatural: paz para las familias, acercamiento de muchas almas a Dios y para todo ello buenas confesiones, a cuyo fin había dispuesto que se construyera una cripta con medio centenar de confesorios, cuya cimentación pasaría a visitar poco después en el recorrido que hizo por las obras.

Finalmente se levantó para que le fueran mostrando las distintas dependencias de la ermita y hospedería, en una de cuyas habitaciones le tenían preparado un libro de firmas. Comentó: «No suelo hacer nunca esto, pero pondré una cosa». Allí quedó escrita esta petición: «Madre mía y Señora de Torreciudad, Reina de los Ángeles, *monstra te esse Matrem* y haznos buenos hijos, hijos fieles. Torreciudad, 7 de abril de 1970»⁴⁵.

3.2. *La última visita, mayo de 1975*

Poco antes de su fallecimiento el 26 de junio de 1975, san Josemaría volvería a visitar Torreciudad, por segunda y última vez, con motivo de la entrega que le haría el ayuntamiento de Barbastro de la medalla de oro de la ciudad como reconocimiento de los méritos de distinto orden que concurrían en su persona.

En efecto, la figura de don Josemaría era muy recordada y apreciada en la acogedora ciudad de Barbastro, acentuándose aún más el afecto de sus paisanos a raíz de las obras de embellecimiento de la ermita y construcción del santuario de Torreciudad y sus edificios anejos, en vías entonces de culminación. La Corporación municipal ya le había nombrado hijo predilecto el año 1947 y en 1971 le dedicó una de las avenidas del ensanche de la ciudad, iniciándose entonces los trámites que exigía la Ley para otorgarle el galardón local de más alto rango: la medalla de oro. Los munícipes aprobaron la concesión por unanimidad y fijaron la fecha de entrega en el salón de sesiones del ayuntamiento para el 25 de mayo de 1975, que coincidía en domingo.

En el acta en la que se aprueba el otorgamiento de la medalla se resalta la calidad humana y espiritual de don Josemaría, la proyección universal

del Opus Dei por él fundado, su afecto a su ciudad natal y su interés por el progreso moral y material de la comarca de Barbastro, de la que es una muestra fehaciente elegir Torreciudad como lugar de construcción de un santuario mariano que se prevé será centro espiritual de la máxima importancia. Todos estos considerandos justifican la decisión del ayuntamiento de conceder esta medalla de oro.

En su discurso el alcalde, Manuel Gómez Padrós, se refiere expresamente al santuario de Torreciudad. «Estamos viviendo –dice– una fecha importante y trascendente para Barbastro, para vuestra persona y para todos vosotros. Estamos siendo auténticos protagonistas de un hecho histórico que muy pronto ha de tener continuidad cuando el culto a la Virgen de Torreciudad abra sus puertas como faro proyectado universalmente». Y prosigue: «Vuestra ilusión, si así lo quiere la Virgen, pronto va a verse cumplida y, por ello, este año ha de ser para vos y para nosotros, año de múltiples satisfacciones. Yo no puedo dejar de recordar en estos momentos ese santuario de fe y devoción en el cual habéis puesto toda vuestra ilusión y del que tantos frutos de fe, esperanza y amor todos esperamos, ese santuario de Torreciudad, grande, inmenso, desprovisto de todo adorno, pero cuya circunstancia parece aumentar su magnitud, proporcionada al amor infinito, humano, especialísimo, que quienes lo pensaron y lo realizaron sienten por la Virgen»⁴⁶.

San Josemaría, en su respuesta al discurso, también alude al santuario y a su honda significación. Entre otras pronunció estas palabras: «No puedo dejar de declararos que mi noble orgullo de barbastrense se siente hoy singular y profundamente agradecido a todos cuantos estáis haciendo posible, unidos a tantos miles de personas esparcidas por todo el mundo, el maravilloso empeño que clava sus raíces junto a Nuestra Señora de Torreciudad. Mi corazón sacerdotal se llena también de gratitud a quienes –con sus invocaciones a Santa María, con su sacrificio, con su trabajo, con sus aportaciones económicas quizá en apariencia humildes–, procuran aumentar sinceramente la devoción a la Santísima Virgen, sabedores de que los frutos espirituales y educativos de aquel centro mariano serán de carácter universal, pero se notarán especialmente en la antiquísima ciudad de Barbastro y en todo el Somontano»⁴⁷.

Es fácil advertir que si el alcalde de Barbastro va de lo particular a lo general, subrayando la universalidad de Torreciudad, san Josemaría Escrivá de Balaguer destaca que el nuevo santuario y sus dependencias, si bien tendrá repercusiones suprarregionales, aprovechará principalmente a la propia comarca.

Con motivo de tal acontecimiento san Josemaría aprovechó para hacer la que sería su última romería a Torreciudad. Desde abril de aquel año de 1975 se sabía que don Josemaría no acudiría a la programada inauguración del santuario. Pero, como decimos, la concesión de la medalla de oro de Barbastro propició su segunda y definitiva peregrinación al santuario, no ya en fase de iniciación –excavaciones, primeros cimientos y un gran boquete con el perímetro de lo que sería el santuario marcado con cal– sino en fechas próximas a su culminación e inauguración. El día señalado para la visita, previo al otorgamiento del alto galardón, era el viernes 23 de mayo.

Con todo a punto, a las doce de ese día las campanas del esbelto campanario fueron las primeras que iniciaron el culto externo a Nuestra Señora de Torreciudad, rompiendo solemnemente el silencio en su honor. San Josemaría llegó en helicóptero aterrizando en un punto ya determinado: el centro de la explanada, cerca de la escalinata que da acceso al templo. Los sonidos heterogéneos –repique y volteo de campanas junto al zumbido específico del helicóptero– se unieron en extraña sinfonía para dar un aire de fiesta a todo el ceremonial emocionante de aquel día.

Al bajar del helicóptero san Josemaría pudo admirar la belleza del conjunto. Delante del santuario, a la izquierda de su entrada, el altar para la celebración de la misa al aire libre lo dominaba todo. Es todo él de fábrica, con basamento de relieves de unos ángeles que sostienen el escudo de Torreciudad. En el canto de la mesa del altar hay una lámpara de hierro que soporta una corona de bronce dorado y con vidrios rústicos de diversos colores.

En el crucifijo se halla un Cristo cincelado en esmalte al fuego. A la izquierda del altar una imagen de Nuestra Señora de Torreciudad de tamaño mayor al de la original. A la derecha una espadaña con la única campana que aún se conserva de la iglesia madrileña de Nuestra Señora de los Ángeles, en la que ésta y las demás campanas de dicha iglesia sonaron el ya lejano 2 de octubre de 1928, cuando san Josemaría «vio» el plan de Dios sobre él y considera fundado el Opus Dei. Un díptico labrado en piedra recuerda esta fecha fundacional de la Obra y la circunstancia del repique de campanas en la mencionada iglesia de Madrid. Todo esto evocaría en san Josemaría un cúmulo de recuerdos y removería lo más íntimo de su alma enamorada y agradecida a la Santísima Virgen.

Pero no entró aún en el nuevo santuario. La primera visita la realizó a la antigua ermita remozada. Allí, ante un cuadro que representaba la

imagen de la Virgen de Torreciudad antes de su restauración –tal como la habían visto sus padres cuando el año 1904 o 1905 peregrinaron al lugar para agradecerle la curación de su hijo–, después de permanecer un tiempo arrodillado rezó la Salve junto con los acompañantes y después se acercó en actitud orante al cuadro.

A la salida de la ermita don Josemaría se detuvo unos momentos para contemplar las nuevas instalaciones. Adosadas al santuario se habían construido dos casas de retiros –«La Masada» y «La Solana»– y un Centro para la investigación –«La Naya»– destinado principalmente a promover los estudios sobre el antiguo Reino de Aragón.

Todo el conjunto arquitectónico, desde la perspectiva de la ermita, da la impresión de un pueblo altoaragonés enclavado en la montaña, todo de tejas y ladrillo, menos las embocaduras de los distintos arcos y ventanas, que proceden de viejos edificios de la cercana Graus. Muy contento afirmó: «Con material humilde, de la tierra, habéis hecho material divino»⁴⁸. Concluía así su segunda romería a la primitiva ermita de Torreciudad ya plenamente restaurada.

La visita primera al nuevo santuario la realizó por la tarde de ese mismo día. Algo después de las cuatro, ante el grupo de personas apiñadas junto a él en la nave central, propuso el rezo del *Regina coeli*. Terminado el rezo de la salutación mariana san Josemaría fijó su atención en el retablo del altar mayor, que contempló deteniéndose en cada una de sus escenas, que describen los momentos estelares de la vida de la Sagrada Familia. En conjunto el retablo representa, según los deseos de don Josemaría, una catequesis. Ha sido realizado con ilusión y esmero por artistas catalanes bajo la dirección de Juan Mayné, catedrático de la Facultad de Bellas Artes de Barcelona. A la vista de todo ello comentó: «Es todo un señor retablo»⁴⁹.

Subió después al presbiterio y vio de cerca el Crucifijo, de gran belleza, rodeó luego el altar y de cara a la nave, con los brazos extendidos, comentó en voz alta: «¡Qué bien se va a rezar aquí!»⁵⁰.

Al día siguiente, sábado, 24 de mayo, tuvo lugar el primer acto litúrgico en el santuario: la consagración del altar mayor realizada por don Josemaría. La ceremonia dio comienzo a las once de la mañana. En el sepulcro del altar depositó, según lo preceptuado, unas reliquias de santos, concretamente de los santos Justino y Plácida, y cerró la tapa del sepulcro ayudado por Heliodoro Dols, arquitecto del santuario y de las nuevas edificaciones.

Hay también un acta, redactada en latín, en la que, además de otras cosas, se dice: «Al realizar esta consagración no pude dejar de recordar con agradecimiento y muy afectuosamente la amabilísima memoria de mis padres, que siendo niño me trajeron a la Santísima Virgen de Torreciudad y que con extraordinaria piedad, doctrina, ejemplo y no pocos sacrificios aceptados cristiana y dignamente, prepararon a este indigno siervo para el servicio de Dios. Al mismo tiempo ponía mi esperanza en el derroche de gracias espirituales que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre bendita ante esta pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Asimismo, confiaba en que las gentes se purifiquen aquí en el sacramento de la Penitencia y –renovadas las almas– confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y a amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo. Así recibirán con agradecimiento los hijos que el cielo les mande; y Dios no fracasará en esos hogares, cuando Él los honre escogiendo almas que se dediquen, con personal y libre dedicación, al servicio de los intereses divinos».

Terminada la ceremonia de consagración san Josemaría tomó la palabra e hizo unas aplicaciones ascéticas referidas al cristiano, también ungido y purificado para su dedicación a Dios. Y concluyó solicitando de los asistentes que pidieran con él a la Madre de Dios de Torreciudad que los hiciera limpios de pensamiento, de deseo, de obra y de omisión. Y para poner en práctica estos intereses el domingo, día 25 de mayo, por la tarde «inauguró» la cripta de los confesonarios recibiendo él mismo el sacramento de la Penitencia.

4. Una reflexión final

Cerramos esta exposición con unas sencillas reflexiones. La devoción mariana de san Josemaría tuvo sin duda matices aragoneses inconfundibles que pueden acertadamente concretarse en las advocaciones de Nuestra Señora del Pilar y de Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad. Las dos son advocaciones marianas aragonesas y ambas influyeron de modo muy definido en la persona y en la obra de don Josemaría. Pero una y otra ofrecen diferencias destacables.

El Pilar es un título aragonés, pero más universalizado en virtud de su relación tradicional con los orígenes apostólicos del cristianismo en España. Torreciudad se vincula históricamente a la época medieval de la reconquista española y tiene originariamente un carácter más comarcal.

Torreciudad influyó de modo puntual en los inicios mismos de la vida del fundador del Opus Dei y generó en él una actitud de agradecimiento

continuo. Su deseo de ver materializada esta actitud en el remozamiento de la primitiva ermita y la construcción de un santuario nuevo de proyección universal no se vio realizado hasta el final de sus días. El Pilar, en cambio, ejerció un influjo continuado a través de un largo período de su vida y la actitud que sugería en su persona, en razón de sus circunstancias espirituales y sus perspectivas apostólicas, fue de incesante y confiada petición. En el Pilar se apoyaba su debilidad, en Torreciudad se expandía su fervor filial agradecido. A la Virgen sentada con el Niño acudió físicamente tres veces en su vida; a la Virgen en pie con el Niño en brazos la visitó tan asiduamente que nunca se arriesgó a mencionar un número aproximado de encuentros.

A la Virgen de Torreciudad fue a verla en peregrinación; a la Virgen del Pilar, asentada en el centro vital de Zaragoza, la frecuentaba como hogar imprescindible. El Pilar era su refugio de esperanza y de consuelo, Torreciudad su punto de referencia para el agradecimiento. En el Pilar, el templo más antiguo dedicado a la Virgen, bebió y se alimentó su fervor mariano; en Torreciudad, el santuario más moderno construido en honor de Nuestra Madre, trató de canalizar su afán de transmitir a la posteridad su amor y cariño filiales.

Ángeles intervienen en el misterio de la Venida de María junto al Ebro; ángeles se entrañan en el título mismo de la Virgen de Torreciudad. Santa y «angélica» Capilla se denomina el recinto sagrado del Pilar; Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad es la advocación completa de la Virgen del Alto Aragón. Que ellos, de los que san Josemaría fue tan cordial devoto, susciten y mantengan en nosotros un amor siempre creciente a la que sabemos nos ama con solicitud tan maternal.

Notas

¹ *El Noticiero*, 11-X-1970.

² *Ibíd.*

³ ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., «La Virgen del Pilar», *Libro de Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976, pp. 97-103.

⁴ *Ibíd.*, p. 97.

⁵ *Ibíd.*, p. 98.

⁶ *Ibíd.*, p. 98.

⁷ *Ibíd.*, p. 98.

⁸ *Ibíd.*, p. 98.

⁹ *Ibíd.*, p. 98.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 98.

¹¹ *Ibíd.*, p. 101.

¹² *Ibíd.*, p. 101.

¹³ *Ibíd.*, p. 98.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 101.

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 101-102.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 102.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 102.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 102.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 100.

²⁰ *Ibíd.*, p. 100.

²¹ *Ibíd.*, p. 100.

²² *Ibíd.*, p. 100.

²³ *Ibíd.*, p. 100.

²⁴ *Ibíd.*, p. 100.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 100-101.

²⁶ *El Noticiero*, 11-X-1970.

²⁷ AGP, RHF 20169, pp. 1.271-1.272.

²⁸ *El Noticiero*, 11-X-1970.

²⁹ AGP, RHF 20165, pp. 445-446.

³⁰ AGP, RHF 20165, pp. 445-446.

³¹ *El Noticiero*, 11-X-1970.

³² *El Noticiero*, 11-X-1970.

³³ *El Noticiero*, 11-X-1970.

³⁴ *Libro de Aragón*, p. 97.

³⁵ AGP, RHF 20104, pp. 81-83.

³⁶ *Libro de Aragón*, p. 101.

³⁷ AGP, RHF 20582, p. 120.

³⁸ AGP, RHF 20159, p. 22.

³⁹ AGP, RHF 20159, p. 22.

⁴⁰ AGP, RHF 20582, p. 129.

⁴¹ AGP, RHF 20159, p. 24.

⁴² AGP, RHF 20159, p. 397.

⁴³ AGP, RHF 20159, p. 26.

⁴⁴ AGP, RHF 21159, p. 398.

⁴⁵ AGP, RHF 20159, p. 28.

⁴⁶ *Nueva España*, 27-V-1975, p. 9.

⁴⁷ AGP, RHF 21164, pp. 769-779.

⁴⁸ AGP, RHF 10164, p. 819.

⁴⁹ AGP, RHF 20164, pp. 820-821.

⁵⁰ AGP, RHF 20164, pp. 821-822.

A la Virgen de Torreciudad fue a verla en peregrinación a la Virgen del Pilar, asentada en el centro vital de Zaragoza, la frecuentaba como hogar imprescindible. El Pilar era su refugio de esperanza y de consuelo. Torreciudad su punto de referencia para el agradecimiento. En el Pilar, el templo más antiguo dedicado a la Virgen, bebí y se alimentó su fervor mariano; en Torreciudad, el santuario más moderno construido en honor de Nuestra Madre, trató de canalizar su afán de transmitir a sus hijos su amor y cariño filiales.

Ángeles intervienen en el misterio de la Venida de María junto al Ebro. Ángeles se entrañan en el título mismo de la Virgen de Torreciudad, Santa y «angélica». Capilla se denomina el recinto sagrado del Pilar. Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad es la advocación completa de la Virgen del Alto Aragón. Que ellos, de los que san Josemaría fue tan devoto, susciten y mantengan en nosotros un amor siempre vivo, que sabemos nos ama con solicitud tan maternal.